llevaba consigo á más felices regiones, donde, les decia, era el cielo como el de Anáhuac, sereno siempre y de templados aires.

Dejada, pues, la famosa París, á Italia partieron Béjar, sus hijos y los del Nuevo-mundo. No harian su camino por el país de Germania, en donde las muchedumbres poseidas de encono, paseaban sus furores, á la voz de nuevos sectarios: la mala semilla daba su fruto. Atravesando, pues, los campos y ciudades de la Galia y saliendo del gran puerto de la antigua Marsella, fueron por las aguas en busca de aquellos países anhelo de las naciones. Tú, Córcega, de altas montañas y valles profundos, viste de léjos pasar el desconocido bajel, y no sabías quién fuese aquel de Anáhuac que cruzaba tus mares; empero las ondas que gimen vecinas á tu playa, parecieron escuchar algun suspiro de la hija de Béjar cuyo amor desdeñaba el Extranjero. Y Tú, Cerdeña, que conociste al héroe restaurador de Ilion, ¿qué podias decir del Príncipe de Texcoco, ni de sus amores, ni de sus sacrificios, héroe de paz como son los que aman a Jesus? Tú viste virar la proa de su tranquilo bajel hácia el napolitano puerto, y no sabías que aquel á quien creias absorto de tu cielo, era nacido en patria más feliz.

# LIBRO DECIMO NOVENO.

El hijo de Ayauhcíhuatl se presentó por fin en las costas vecinas del antiguo Lacio, con el de Michoacan y los nobles de Iberia. La reina del mar tirreno, la antigua Parténope se dejó ver, cómo un jardin, construido en anfiteatro allí donde acabando las campiñas, forman una ensenada donde anchurosa la mar duerme y los vientos apénas murmuran. Más allá se alzan colinas de gracioso declive, cuyo verdor no conoce invierno, y la anchurosa bóveda luce con un azul de sorprendente magnificencia. En tanto el Vesubio con su imponente mole, vomita humo negro trocado alguna vez en pavorosas llamas. Muchos buscaron no obstante una morada en la régia ciudad, porque su ambiente benigno recrea el corazon, y los jardines, y los palacios, y los

muchos templos de los santos de Dios vivo persuaden á residir en ella para siempre. Allí hubieran pasado muchos dias los americanos, si no es por el anhelo con que Béjar ansiaba la ciudad eterna, y asimismo el de Anáhuac, que ardió en deseos de hallarse dentro de esos muros, cuando el noble de Castilla le hacía saber: "es Roma la nueva Sion; allí las ruinas del mundo pasado, allí el trono indestructible del reino de Cristo; allí las maravillas de los hombres y las incomparables del rey Supremo."

Está sentada Roma en medio de una vasta campiña, en otro tiempo fértil, hoy casi estéril, y que se dilata del mar hasta los Apeninos. Quien se detiene á contemplarla desde alguna colina, siente turbarse su razon y confundirse sus afectos: tantos los pueblos son que á la mente parece, surgen de sus escombros, que se cuentan por siglos, tantos los monumentos ó ya por tierra ó alzándose gloriosos; tan imponente hoy es el espectáculo de su dominio, tan augusto el dia que aguarda y de que no duda. Si piensas, mirando el Tíber que con su ruda y antigua corriente pasa como desdeñando los modernos palacios; si contemplas la gigante basílica que cubre las cenizas del *Humilde;* si descubres de lójos el Coliseo, en donde los cristianos á millares con su sangre sellaron la *fé*, en medio de una córte fastuosa y corrompida; si te acuerdas del Foro que ya no existe;



si miras al Capitolio, cumbre de las grandezas en otro tiempo, á donde subian á gloriarse los dueños del Mundo; y pasas los ojos al Vaticano, donde hoy los Pontífices de Jesus juzgan á las naciones....; habrás visto á *Babilonia* y su caida, y el reino inmortal de Cristo fundado sobre *la piedra.*

Los viajeros estaban en *Sion.*

Era quizá la vez primera que un neófito de la nueva grey, visitaba la *Ciudad antigua*: y aquel suelo por donde pasaron hombres de tantas naciones, griegos y judios, medos y persas, los bárbaros del Aquilon y los de la abrasada Libia, era hollado ya por el extranjero del Nuevo-mundo.

El Príncipe de Acolhuacan hubiera no obstante pasado sin advertirlo, por entre monumentos y maravillas cuyo lenguaje no de todos es entendido, si no llegase la ocasion en que al cielo plugo se le manifestasen. Nada se le habia dicho de aquel Panteon de los Dioses del Imperio, vencidos al cabo por el que apareció en la Judea, verdadera piedra desprendida de la montaña, que desmenuzó á la estátua gigante; ni el teatro de Marcelo ni el *Colóseo* de Tito, ni el palacio de Agusto ni las thermas de los Césares, elevaban voces que se hiciesen oir, voces que se oyeron por toda Tierra; ni hubo quien en muchos dias narrase á los Extranjeros cómo sobre la tumba de Neron ó de Rómulo se alzaba el tem-

plo de la Cruz ó el del *Pescador* humilde. Tantos trofeos quedado hubieran sin gloria para el viajero azteca, no obstante muchas veces que pasó á su vista, si Dios no lo acercase á uno de sus ciervos á quien próvido le destinaba con ese designio; y era esto en vísperas de dejar á Roma.

Nezahual con el de Michoacan, en seguimiento de Béjar, penetraron por fin en el alcázar del *Ungido* Clemente, sucesor de Pedro.

Sorprendidos los de América de aquella mansion real, conjunto de palacios, tan grande que si unieses las Tullerías y el Louvre, aún excediera su tamaño, pasaban admirando las vastas galerías y multiplicados pórticos y escaleras que daban ascenso á otros pórticos superiores, que si se observan del centro de los anchos patios, se ven cruzarse con ordenada majestad.

Saludaron los viajeros el Alcázar de la nueva Sion.

¡Salve mansion augusta del vicario de Cristo; para tí el génio de los Rafael y Miguel Angel que aun fulgura inmortal en tus muros y bóvedas: hé aquí la morada del verdadero padre de las artes y de las ciencias!

Con el corazon palpitante los neófitos iban ascendiendo las soberbias graderías que tántos príncipes y reyes, tántos apóstoles y santos obispos, tántos artistas y sabios ascendieron, tambien conmovida el alma. Acaso los del Nuevo-mundo, ignorando quién fuese, se cruzarian por ahí con el gran Buonaroti, (1) salido de anunciar al hijo de los Médicis alguna concepcion de su génio; ó en esa hora quizá los legados de Cárlos ó Francisco, los enemigos monarcas árbitros del Mundo, buscaban la alianza del Pontífice rey, ó tal vez algun príncipe germano, fiel al *Ungido*, venía de anunciarle con pena de su alma, que los sectarios no acudirian á *Sion* para deliberar en el Espíritu.



A través de antecámaras inmensas que suspendian los ojos por el primor con que los artistas las decoraron, con pilastras de mármol sustentado el techo brillante, y pintados los muros de cuadros al fresco, pasaban los viajeros á la vista de guardias silenciosos de guerreros de Helvecia; y así, de una en otra cada vez más espléndida, cubiertas de alto á bajo de colgaduras de damasco rojo, y el pavimento, de ricos tapices.

Próximos á la estancia del *gran Sacerdote*, viéronse ya los prelados de violada veste y la noble guardia de su Señor.

Al primer anuncio, Béjar se presenta con los hijos de Anáhuac á la faz del *muy Santo*.

Apénas lo descubren, los peregrinos doblan la rodilla; mas el Pontífice baja del trono para levantarlos. A la sazon estaba en consejo con un anciano venerable, á quien el Padre de los fieles confesaba sus delitos y

(1) Miguel Angel.

Roma veía como un ángel del Señor. A él escogió el Altísimo para que declarase á los de América grandes arcanos; era este hombre Cayetano *el teatino*.

El nieto de Nezahualcoyotl y el príncipe de Michoacan, ménos deslumbrados que enternecidos de lo que veian, saludaron al sucesor de Pedro. Mas éste lloró de gozo, mirando el semblante de los nuevos hijos venidos de *las remotas islas*, y se consoló de tantas calamidades que asolaban el reino de Jesus, viendo con sus ojos las primicias de un mundo nuevo de naciones que en profusion reparaban la heredad perdida. Así vendrian, andando los años, los príncipes de Catai, (1) á ofrecer el homenaje de su fé á Gregorio (2) *el muy santo*, y éste, saciado de consolacion, derramaria tambien lágrimas delante de la numerosa asamblea de los potentados de Europa.

Béjar habló:—"Santísimo Padre, hé aquí lo que os anunciaba: dos hijos de reyes venidos del Nuevo-mundo, fervorosos súbditos de la iglesia de Roma, como allá cada dia los hay en abundancia."

—"¿De estos no es el uno, como nos anunciabas, nieto del gran rey de Texcoco, y el otro, el sobrino del infeliz monarca de Michoacan?—Dijo el Pontífice Supremo.

(1) Japon.
(2) Gregorio XIII.



Nezáhual repuso:—"Soy tu súbdito, Padre muy Santo, y el último de los servidores del Dios muerto en el patíbulo, cuya imágen y el oráculo eres en la tierra."

Y el hermano de Juriata:—"Soy como dices, Santísimo Señor, y el Dios desconocido me llenó de bienes, llamandome á la fé que no conocia y admitiéndome entre los que le aman y le sirven."

El Santo Padre apénas podia reprimir el llanto de sus ojos.

Mas el alumno de Don Vasco interrogado por el sucesor de Pedro, llenóle de admiracion cuando narrára cómo despues de grandes infortunios, habia creido en la palabra de los *teopixqui* de Castilla, que le anunciaban ser el Dios invisible el Dios único y verdadero, hecho hombre por nuestra salud, y su doctrina, la religion del corazon; esto mismo decia el fiel Ecuangári. El Pontífice se admiró no ménos cuando de los lábios del neófito escuchó las maravillas que se obraban en "*Santa Fé*," que recordaban los tiempos de Pablo y de Juan el amable; y tres y más veces hízole decir el venturoso portento del Tepeyac.

—¡"Qué delicado artificio de la Reina del Cielo!"—exclamaba entonces el Vicario de Cristo—"¡Qué palabras! ¡qué enviado! ¡qué señas!: las rosas cogídas en el árida cima, y la imágen de María trasladada con primor inefable en el manto del humilde! Ahora, Señor,

ya vemos que has usado con tu siervo de misericordia. Nos castigaste con terribles tribulaciones: los impios han profanado á *Sion* y su templo santo, y la mitad de tu pueblo se ha perdido. Mas, hé aquí, un mundo nuevo, ha salido de las aguas, y el número de tus adoradores excederá setenta veces siete al que desechaste de los *apóstatas*. La Reina de los cielos viene á sellar tamaños triunfos con un prodigio que solo México ha visto semejante!"

Así quiso Jehováh consolar al descendiente del *Pescador*, el infortunado Clemente, á quien cupo ver en sus dias tantas calamidades para la Iglesia como no las hubiera en tiempo alguno.

El *muy Santo*, despues de departir no breve tiempo con los neófitos, los bendijo, y éstos prosternados besaron sus piés; en las ricas sandalias del *Ungido* bordado estaba el signo de la redencion.

Los viajeros salian de la presencia del Pontífice; mas de *Teatino* les siguió, y ya fuera, dirigiéndose al Duque: —"Deja,—le decia,—yo mostraré á mis hermanos las maravillas de la Ciudad Santa."—Y el noble castellano volvió á su morada, y el anciano Sacerdote tomó consigo á los de America, para mostrarles y decirles lo que sin duda ya el Espíritu le ponia en el ánimo; con esos favores queria Jehováh fortificar á sus escogidos de la nueva grey.



Entónces el *Teatino*, vuelto á los que le seguian, les hablaba diciendo: (En el semblante semejaba al hermano de Aaron inspirado de Dios vivo.)

"Yo bendigo al Cristo por sus entrañas de misericordia; yo admiro vuestra dicha y la de vuestro pueblo, llamado con admirable vocacion á ocupar el lugar de los *apóstatas;* el Señor os trajo á la Ciudad Santa, la nueva Sion, para que crezca nuestra fé y el corazon se inflame. ¡O cuántos testigos claman aquí que Jesus es el Cristo, el hijo de Dios vivo!"

Al decir esto ya cruzaba con los neófitos las grandes galerías que guardan los documentos seculares de la ciencia: los escritos de sabios sin número ahí se depositan entre esplendores de mármol y oro; hábiles artistas pintaron tambien en las bóvedas del vasto recinto, la historia de la ciencia de los hombres, de una parte y, de otra, la más excelente de la Iglesia de Dios.

"En libros no solo, mas en lenguaje de todo género vive aquí la historia del Mundo,"—decia el anciano á los de América,—"para gloria del Cristo, para quien fueron hechas todas las cosas,"

Esto decia cuando los neófitos admiraban aquel fragmento del *Hércules* en reposo: el blanco mármol en que el hijo de Néstor esculpió la estatua enorme, parecia sensible aún á la mano del inmortal artífice. Junto á esta, *Meleagro*, de bellas proporciones, último esfuer-

zo del arte. A *Laoconte* con sus hijos creyeras gozarse aún por haber salido del polvo que lo cubria; ese dia de su hallazgo fué fiesta para Roma: las campanas de la Ciudad eterna resonaron para anunciar el fausto suceso, los poetas velaron la víspera para cantar al dia siguiente la grande obra del genio, y la estatua ornada de flores fué llevada de las thermas de Tito donde yacia escondida, al Vaticano en donde hizo su entrada triunfal.

"Hé aquí—decia el ministro de Jehováh—los dioses de las naciones, los más hermosos que los hombres hicieron: son como los trofeos de la victoria de la Cruz." —Y al decir esto, dejaban esos mármoles y entraban al museo sagrado.

Los de América nada veian digno de guardarse ahí; mas el Santo les habló:—"Hé aquí, de lo que se ha salvado, lo más precioso."—y al mostrarles los peines y las uñas de hierro con que los mártires eran despedazados en otro tiempo, añadia:—"¿No es del Cielo una religion que hizo sentir delicias á los justos aun en medio de espantosos suplicios?"

Allí estaban tambien los humildes cálices y los utensilios para el convite de los santos, (el cuerpo y la sangre de Cristo), que usaron nuestros padres en tiempo de las persecuciones.

De ahí el sábio *Mentor* entró con sus alumnos á los grandes salones en que reinaban los cuadros de pintu-



ras maravillosas. Atónitos los del Nuevo-mundo reconocian el poder del genio. Aquí sus ojos admiraban como si fuesen hoy, los sucesos de la antigua alianza: Sanzio (1) habia pintado como si el Dios del Cielo le llevase la mano y le inspirase la mente. El príncipe de los artistas, con sus discípulos, animó aquellos muros alzados por él mismo, decorándolos con variadas escenas que supo idear con fantasía rica y graciosa: desde que el Padre Omnipotente sacaba el caos de la nada y disipaba las sombras antiguas con la luz nueva que á su mandato aparació jóven y lozana, hasta los tiempos de Israel, los fastos de la gloria de Jehováh brillaban animados entre dorados arabescos. Allá Platon el divino con el maestro de Alejandro, Sócrates el justo y Pitágoras el ingenioso, enseñaban á los griegos la sabiduría; sobre un soberbio anfiteatro descuellan aquellos, mas las estatuas de Minerva y Apolo parecen presidir la noble academia. A otra parte el Parnaso, el monte de la gloria: entre el coro feliz de las vírgenes hijas de Mnemosina, el Dios (Apolo) alza su frente ornada de lauro, en sus manos la lira; allí la asamblea de los poetas: noble majestad revela el cantor de Ilion que aun parece decir los infortunios del hijo de Priamo; mas el Vate de Mantua se ocupa como de mostrar al Dante la ignorada senda. En todas estas obras, ¡cuánta vida y

(1) Rafael.

verdad en la escena! ¡qué noble gracia en los personajes! ¡qué suavidad de toques del fácil pincel! ¡cuál encanto de luces! ¡robó el artista al cielo ó á los campos el tierno colorido, y al horizonte la incierta perspectiva; admirarias decoraciones tan dulcemente vagas como la vision nocturna de algun feliz ensueño!

No quedó por ver á los de América, ni aquel guerrero formidable seguido de dos ángeles, que ataca á Heliodoro robador del tesoro del Templo, ni aquella hostia santa manando sangre en manos del incrédulo sacerdote del Cristo. Atila tambien se mostró á sus ojos, Atila el terrible, aterrado delante de Leon el Santo, el humilde Leon: el gran *vengador* cede á imperio desconocido y retrocederá muy próximo á desolar á Roma.

No menos admiraron los del Nuevo-mundo aquel adoratorio donde los pontífices celebran cada dia los misterios de los Cristianos: el rival de Sanzio trasladó allí su genio, y si bien no aparecia aún aquel *juicio postrero*, prodigio que solo ese hombre pudo concebir, que á todo artista desespera si quiere imitarlo, empero el espanto de aquellas sibilas y profetas trazados en los muros, preludiaba el cuadro famoso.

Cansados los viajeros de tanto admirar, entraron por fin á una solitaria galería; allí cuatro cuadros que hacian olvidar lo que era visto; cuatro solamente, pero ¡qué cuadros! El *pensador insigne de vírgenes* presenta-



ba en uno el más acabado ideal de la dulce *Israelita*, cercada de santos que con ella reinan en la Altura; entre las muchas vírgenes que pintó *el artista*, ésta llevó el nombre de Foligno, Ciudad del Lacio. En otras dos, María era coronada por el Padre, reina de los Cielos. Entre estos cuadros algun dia sería digno de hallarse aquel en que Dominiquino pintó á Jerónimo, el santo anacoreta, de rodillas recibiendo en sus lábios el *angélico pan*. Mas el celeste Sanzio tenia allí la suprema entre las obras suyas y de cuantos artistas idearon el sublime. Allí estaba la gloria de Jesus trasladada al lienzo: el Hijo de Dios, hermoso entre esplendores de luz inefable, á su diestra Elías y á su siniestra el Legislador de Israel, se alzaba sobre la cumbre del árido Tabor; Pedro y los dos hijos del Zebedeo, ciegos de tal gloria, caian sobre su rostro en el suelo de la cima cubriendo con la mano sus ojos; hasta la voz del cielo parecia escucharse; abajo, entretanto, los enfermos y atribulados en espera del hijo del hombre que cura sus males, ignoran que Jesus ha mostrado su divinidad.

El Santo *Teatino* que á la vista de cada maravilla explicaba á sus alumnos la gloria de los hombres y la suprema de Jehováh, al contemplar la *transfiguracion* del Cristo, exclamó, como fuera de sí:—"Este es el tipo del sublime que imaginarse pueda, la obra suprema del pintor humano, el esfuerzo más dichoso de todos los si-